

EVANGELIZACION Y CATEQUESIS.
CRITERIOS Y PRINCIPIOS INSPIRADORES
PARA UNA CATEQUESIS RENOVADA

MANUEL DEL CAMPO GUILARTE
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"
MADRID

INTRODUCCION

Las nuevas situaciones y circunstancias que originan un proceso progresivo de descristianización y de pérdida de referencias y valores esenciales, la realidad de una cultura secularizada que envuelve y debilita la identidad de los bautizados¹, nos está urgiendo a buscar la respuesta de la evangelización. Una nueva evangelización capaz de hacer resonar, también hoy, en el corazón de nuestros contemporáneos la fuerza del Evangelio de la salvación; una nueva evangelización que impulse a volver los ojos a Cristo, fuente de toda esperanza².

En esta situación, la catequesis está llamada también a actualizar y volver a afirmar su identidad y naturaleza, así como a desarrollar su función propia en la misión de la Iglesia con decisión y creatividad. Además de reconocer la insuficiencia de muchas de sus prácticas habituales, está llamada a ofrecer la respuesta de una nueva catequesis.

Situar la catequesis al interior de la misión evangelizadora de la Iglesia y señalar, en este proceso de integración, su ser y función propia, constituye, como es sabido, una de las princi-

¹ Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, 7-11.

² *Ibid.*, 18-22.

pales aportaciones del Concilio Vaticano II y de su posterior desarrollo en el campo de la renovación catequética³. Fiel reflejo de esta realidad es el *Directorio General para la Catequesis*, que establece, en su primera parte, la necesidad de asumir y afirmar esta dimensión esencial: "La catequesis, situada en el interior de la misión evangelizadora de la Iglesia, como momento esencial de la misma, recibe de la evangelización un dinamismo misionero que la fecunda interiormente y la configura en su identidad. El ministerio de la catequesis aparece, así, como un servicio eclesial fundamental en la realización del mandato misionero de Jesús"⁴.

Situar la catequesis en el marco de la evangelización significa afirmar su carácter eclesial y esclarecer en la práctica su misma naturaleza y finalidad, así como explicitar los fundamentos de su pedagogía y de la presentación al hombre de hoy del mensaje de la salvación⁵.

La catequesis que hoy se halla confrontada con los grandes desafíos que vive la Iglesia, como son la transmisión de la fe y su proposición concreta al hombre de hoy, la atención al proceso iniciático de "hacer cristianos" y de acompañar y consolidar su fe, está llamada a poner en juego los mejores esfuerzos de reflexión y de creatividad para una respuesta acorde con las necesidades contemporáneas.

En un contexto histórico de transformación y de cambio social y eclesial, esta respuesta supone hoy la asunción, como praxis ordinaria, de una catequesis al servicio de la iniciación cristiana. La Iglesia, durante los últimos siglos y contando con un ambiente socialmente cristiano, estableció la iniciación cristiana de niños en un proceso sacramental y doctrinal bien conocido por todos. Esta praxis no fue ni insuficiente ni mala; más bien proporcionó grandes frutos a la Iglesia. Pero hoy se advierte su insuficiencia y se constata que los sacramentos de iniciación están quedando reducidos a meros ritos y pasos sociológicos de edad.

³ Especialmente patente es en *Evangelii Nuntiandi, Catechesi Tradendae, Redemptor Hominis, Redemptoris Missio y el Catecismo de la Iglesia Católica*.

⁴ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, 59.

⁵ *Ibid.*, 34-90.

Por eso, cada vez con más urgencia, se advierte la necesidad de responde a nuestra situación con un cambio radical en la acción catequizadora, no siempre fácil porque representa una auténtica conversión pastoral, un cambio psicológico, pedagógico, institucional y pastoral de gran envergadura.

Mi reflexión, tomando como marco de referencia la relación entre evangelización y catequesis, y tratando de entrar en un ejercicio de creatividad, se centra en la proposición de criterios y principios inspiradores de la catequesis actual⁶, que, como he dicho, ha de definirse como servicio a la iniciación cristiana.

Mi propósito, pues, es abordar reflexivamente la cuestión de las bases fundamentales que han de dar consistencia a la necesaria respuesta catequética. Intentaré exponer, en este sentido, los grandes principios y criterios que, a mi juicio, han de guiar la acción de catequizar en esta nueva etapa de renovación y de creatividad en las Iglesias particulares. Me propongo, pues, entrar en el debate de los principios inspiradores, dejando para otras investigaciones y trabajos la reflexión sobre aspectos y aplicaciones de carácter concreto.

I. LA IGLESIA NOS CONVOCA A UNA NUEVA EVANGELIZACION

Comienzo recordando una convicción ya comúnmente compartida y asumida: todos nosotros nos sabemos convocados, tal vez con más intensidad que en otros momentos recientes, a esta gran tarea que es la evangelización. Al igual que siempre, hoy también, los bautizados somos invitados a anunciar el Evangelio de la salvación. Con frecuencia fue requerido a toda la Iglesia por el Papa Juan Pablo II, invitándonos a tomar parte activa en lo que él denominó el gran proyecto de la Nueva Evangelización. En los umbrales del Tercer Milenio, la invitación se hizo, si cabe, más intensa, y reiterada y fuimos convo-

⁶ Este estudio recoge, en sus líneas básicas, la reflexión que fue objeto de una ponencia pronunciada por el autor en la "Primera Semana Teológico-Catequética" de la Archidiócesis de Barcelona. Con posterioridad aquellas notas básicas se han desarrollado y actualizado para esta publicación.

cados a anunciar con renovado entusiasmo el Evangelio a nuestros hermanos, a hacer "memoria" del acontecimiento de la redención, a anunciar y celebrar el don de Dios a favor del hombre por Jesucristo, nuestro Redentor. Este es el espíritu de la invitación que recorre toda la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, que el Papa Juan Pablo II hizo a toda la Iglesia.

Fuimos invitados entonces a celebrar con gozo y en acción de gracias el acontecimiento único, irrepetible y absolutamente bueno para el hombre de hoy y de todos los tiempos, como es la Encarnación de Cristo, la Redención del Señor. Y a la vez, fuimos convocados a anunciarlo a todos los hombres, en primer lugar, en virtud del propio Evangelio que hemos recibido; porque se nos dio para ser entregado, para darlo a conocer a nuestros hermanos. En virtud, pues, de ese Evangelio que se nos confía, en el cual creemos, en el que somos salvados y sobre el que se asienta nuestra existencia. Y en virtud también de la exigencia profunda que procede del amor y de la vida de Dios en nosotros, somos invitados hoy, como siempre, a dar testimonio de la fe y de la vida cristiana, como el mejor servicio a los hermanos⁷. Siguiendo los pasos de Pedro, de Juan, de Pablo y de todos los demás Apóstoles, también nosotros no podemos sino evangelizar, no podemos hacer otra cosa sino anunciar a Jesucristo, "hablar, como ellos, de lo que hemos visto y oído" (Hch 4,20) porque El se ha establecido como centro y razón de ser de toda nuestra vida. En lo fundamental, la Nueva Evangelización ha de situarse en una clara y profunda continuidad con la primera evangelización, con lo que los Apóstoles hicieron, con lo que los testigos de la fe de la Iglesia de todos los tiempos han hecho.

En estos momentos, esta invitación tiene un matiz especial: somos convocados también en virtud y en razón de las nuevas situaciones sociales y eclesiales que están pidiendo un renovado propósito y empeño evangelizador. Una evangelización "nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones", como había dicho el Papa Juan Pablo II en el año 1983, cuando, en Haití invitaba a todos y convocaba a este gran proyecto: el de la nueva evangelización. En los umbrales del siglo XXI toda la

⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 11.

Iglesia fué nuevamente convocada, todos los bautizados fueron invitados a avivar su responsabilidad y su fe, y a tomar conciencia de que evangelizar es la razón de ser, la dicha y el gozo de la Iglesia. Así lo expresó el Papa Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*: "Evangelizar es la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda... Constituye su misión esencial... Ella existe para evangelizar"⁸. Al iniciarse el tercer milenio, volverá el Papa Juan Pablo II a reiterar la llamada a la evangelización, la irrenunciable tarea de anunciar a Jesucristo, fuente de toda esperanza para el hombre: "Después de veinte siglos, la Iglesia se presenta al principio del tercer milenio con el mismo anuncio de siempre, que es su único tesoro: Jesucristo es el Señor; en El, y en ningún otro podemos ser salvados"⁹.

Ahora bien, sabemos que solamente una Iglesia evangelizada puede evangelizar. Sólo una Iglesia renovada y fortalecida en la fe, una Iglesia cuyos miembros sean revitalizados internamente, que vive en el Evangelio de Jesucristo, pueden presentarle al hombre de hoy como su esperanza y su salvación. De otra forma, tan sólo ofrecerán discursos, palabras tal vez brillantes y sugerentes, pero no la Buena Noticia del Evangelio. Ni los planes, ni los programas, ni las estrategias, ni los esfuerzos sin más, evangelizan. Evangeliza la vivencia comunitaria de la fe y el testimonio fiel del seguimiento del Señor¹⁰. La acción del Espíritu Santo quiere disponer de la mediación de los creyentes, en cierto modo, como someterse al vigor de la identidad cristiana y eclesial de los testigos de la fe. Hoy como siempre, el punto de arranque y el supuesto básico de la evangelización será: "Venid y veréis" (Jn 1,39), es decir, venid, acercáos, participad de nuestro gozo, de nuestra vida, de nuestra esperanza; esta es nuestra fe, esta es la razón de nuestra existencia: Jesucristo, es el Señor, el Salvador del hombre.

Sólo una Iglesia renovada, revitalizada en la fe y en la vida cristiana, puede evangelizar. Sólo aquellas comunidades cris-

⁸ Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14.

⁹ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, 18; cf. *Id.*, *Novo Millennio Ineunte*, 29.

¹⁰ Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 41-42 y 76; JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 42.

tianas constituidas por miembros vivos, que se configuran como espacios creíbles de vida cristiana podrán anunciar el Evangelio de la vida.

Ahora bien, esta tarea de renovación y de revitalización de nuestras comunidades cristianas, este crecimiento de la identidad cristiana y eclesial de nuestros bautizados, es fundamentalmente, aunque no exclusivamente obra de catequesis. En efecto, esta es la función propia de la catequesis: la fundamentación, primero, y la renovación, después, en el bautizado de su vida cristiana y eclesial, la educación y la maduración de su fe. En esto consiste en definitiva la tarea de la catequesis: en asentar y vigorizar la vida cristiana y la vida eclesial, estructurando desde la base la personalidad de cada bautizado, fundamentando y educando su fe, y enseñándole a vivir como cristiano. Haciendo esto la Iglesia está poniendo las bases de la vida cristiana y, por ello, "edificándose" en las situaciones históricas y culturales del presente.

Los obispos españoles en su Instrucción "Orientaciones Pastorales sobre la Catequesis de la Comunidad" entienden la catequesis como tarea necesaria y primordial de la Iglesia al interior de la misión evangelizadora de la misma¹¹ Recogen de este modo las enseñanzas del Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*¹². Por todo esto, hoy no habrá duda en afirmar la importancia y centralidad de la catequesis en la acción eclesial y su necesidad como pieza clave en la nueva evangelización.

Así queda reflejado entre otros, en la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos para Europa, celebrada en el año 1990 y centrada en todos sus trabajos en la evangelización de nuestro continente. En esta Asamblea las referencias y aplicaciones a la catequesis como camino de evangelización para Europa son constantes. Se considera que la catequesis ha de suponer para las Iglesias europeas una instancia necesaria en el proceso de renovación y revitalización de las mismas; y de este modo poder anunciar el Evangelio a los hombres y mujeres de la Europa actual. Necesitamos, esta sería una de las líneas de

¹¹ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Catequesis de la Comunidad*, 35ss.

¹² Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 18-25.

fondo, un gran esfuerzo común de catequización integral que haga posible la renovación de la fe de los pueblos de Europa en las diferentes edades y situaciones. La catequesis es, en definitiva, instrumento básico e imprescindible de la evangelización. Por medio de ella nuestros bautizados serán hoy conducidos al descubrimiento de la fe y de la vida cristiana, al encuentro con el Señor y a la conversión personal, de modo que puedan integrarse de verdad en la comunidad espiritual y sacramental, que es la Iglesia¹³.

Es indudable que la catequesis está unida, esencial e íntimamente, a la vida de la Iglesia; más aún, como dice Juan Pablo II, "su crecimiento interior, su correspondencia con el designio de Dios, dependen esencialmente de ella"¹⁴. Por eso es posible afirmar que "los períodos de renovación de la Iglesia son también tiempos en los que a la catequesis les corresponde un mayor empeño. Así, en la gran época de los Padres de la Iglesia, vemos a Santos Obispos consagrar una parte importante de su ministerio a la catequesis. Es la época de San Cirilo de Jerusalén, y de San Juan Crisóstomo, y de muchos otros Padres cuyas obras catequéticas siguen siendo modelos"¹⁵.

Igualmente en épocas posteriores, especialmente con ocasión de los grandes acontecimientos conciliares. "El Concilio de Trento es un ejemplo digno de ser destacado: dio a la catequesis una prioridad en sus constituciones y sus decretos; de él nació el Catecismo Romano, que constituye una obra de primer orden como resumen de la doctrina cristiana; este Concilio suscitó en la Iglesia una organización notable de la catequesis; promovió, gracias a santos obispos y teólogos, como San Pedro Canisio, San Carlos Borromeo, Santo Toribio de Mogrovejo, San Roberto Belarmino, la publicación de numerosos catecismos"¹⁶.

"No es extraño, por ello, que, en el dinamismo del Concilio Vaticano II (que el Papa Pablo VI consideraba como el gran catecismo de los tiempos modernos) la catequesis de la Iglesia

¹³ En estos términos se expresaron no pocos Padres Sinodales. En concreto, así lo hicieron los Obispos españoles Estepa, Yanes y Sebastián.

¹⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 13.

¹⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 8.

¹⁶ *Ibid.*, 9.

haya atraído de nuevo la atención. El Directorio General de la Catequesis, de 1971, las sesiones del Sínodo de los Obispos consagradas a la evangelización (1975) y a la catequesis (1977), las exhortaciones apostólicas correspondientes, *Evangelii Nuntiandi* (1975) y *Catechesi Tradendae* (1979) dan testimonio de ello. La sesión extraordinaria del Sínodo de los Obispos, de 1985, pidió "que sea redactado un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto sobre la fe como sobre la moral". El Santo Padre Juan Pablo II hizo suyo este deseo, reconociendo que responde a una verdadera necesidad de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares. El Papa dispuso todo lo necesario para que se realizara la petición de los Padres Sinodales¹⁷.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) y el *Directorio General para la Catequesis* (1999) serán, entre otros, instrumentos privilegiados al servicio de la catequesis y de la evangelización. En la misión evangelizadora de la Iglesia la catequesis es, también hoy, una función esencial, y como tal ha de ser considerada por todos sus miembros.

II. LA CATEQUESIS FUNDAMENTA, EDUCA Y ALIMENTA LA FE

Catequesis sí, pero qué tipo de catequesis?. He aquí la pregunta. ¿Bajo qué condiciones y con qué características? Podemos acercarnos al horizonte de la catequesis y fijar, en primer lugar, nuestra atención en la situación de la misma.

Nos encontramos en un mundo marcado por la secularización, por nuevas formas de paganismo en el pensar y en el vivir, por la indiferencia religiosa y aun por el rechazo de toda forma de religiosidad. Estamos en un momento también, donde la situación de los bautizados nos habla de alejamiento de la fe, de distintas formas de apatía e indiferencia religiosa, como fenómeno que está penetrando, poco a poco, en nuestras comunidades cristianas. Por otra parte, va apareciendo en no pocos bautizados una creciente desafección respecto de la Iglesia en

¹⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 10.

general, y de la comunidad cristiana concreta en particular, a la vez que nuevas formas de rutina e inercia invaden la vida interna de no pocas comunidades cristianas. A la vez, ciertas formas de disidencia se van haciendo presentes entre nosotros, muy especialmente en el llamado catolicismo selectivo o "cristianismo a la carta". A todo esto hemos de añadir otro fenómeno de particular importancia, como es la propia crisis que atraviesan los ámbitos clásicos de la transmisión y educación de la fe, los lugares tradicionales donde la fe era hasta ahora transmitida y educada de modo habitual. Me estoy refiriendo a la familia, a la escuela, a la parroquia, a las asociaciones y movimientos cristianos infantiles o juveniles. No solamente ha dejado de existir el llamado "catecumenado social" que, hasta hace unas décadas, venía desempeñando entre nosotros una cierta función de "socialización" cristiana de los bautizados; ahora son los propios ámbitos clásicos donde la fe se transmitía y se educaba los que han entrado en crisis¹⁸. Es evidente que hoy no podemos afirmar con rotundidad que la familia, todas las familias constituidas por bautizados educan en la fe a sus hijos; que la escuela sea hoy un ámbito donde la fe cristiana, o al menos la concepción cristiana de la vida, de la historia y del hombre estén presentes y se eduque en ellas. Naturalmente hay situaciones particulares claramente ejemplares. Asimismo, la parroquia también ha dejado de ser para muchos de nuestros bautizados lugar de encuentro, de educación de la fe, y de expresión celebrativa de la misma.

Más aún, los procesos catequéticos que se vienen desarrollando hoy en no pocas de nuestras comunidades parroquiales no alcanzan a cumplir el objetivo de ser auténticos ámbitos de educación y formación cristiana integral, capaces por lo mismo de fundar y ayudar a madurar la fe y la estructura del creyente. No pocos de nuestros bautizados, aun habiendo recibido formación religiosa de alguna manera, nunca fueron realmente iniciados en la fe y en la vida cristiana. Tal vez pudieron aprender muchas cosas sobre la fe cristiana, o fueron instruidos en

¹⁸ Cf. ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Relatio Finalis* II, B, 13 (Roma 1985); CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Iniciación Cristiana. Reflexiones y Orientaciones*, 32-38.

la doctrina o atendidos en sus búsquedas humanas, pero no fueron iniciados verdaderamente en la fe y en la vida cristiana. Otros, por fortuna sí lo fueron y estuvieron acompañados durante su etapa de aprendizaje y de crecimiento de la fe por la comunidad y por buenos catequistas, pero sus frutos no han permanecido. El impacto de la cultura contemporánea, la movilidad geográfica, ideológica y de las grandes convicciones y valores que guían la vida humana, u otras circunstancias, han dado fin a la vida de fe y a la pertenencia eclesial.

En esta situación es necesario afirmar hoy, tal vez con más contundencia que en otras épocas, la necesidad de una catequesis capaz de suscitar, impulsar y fundamentar la fe, en primer lugar, para educarla y alimentarla después, progresivamente, en el seno de la comunidad cristiana. El Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, se refiere a la catequesis como "un período y un tiempo en el que el cristiano, aceptando por la fe la persona de Jesucristo como el Señor, y prestándole una adhesión global con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese Jesús, en cuyas manos se ha puesto: conocer su misterio, el reino de Dios que anuncia, las exigencias y promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que El ha trazado a quien quiera seguirle"¹⁹.

En efecto, ante los distintos desafíos a los que hoy hemos de responder, es necesario afirmar la necesidad de una catequesis orgánica y bien ordenada sobre el misterio de Cristo, una enseñanza sistemática y básica, una iniciación integral abierta a todas las esferas de la vida cristiana²⁰.

En todo momento, particularmente en las actuales circunstancias, la catequesis ha de estar claramente fundada y centrada en el don del amor de Dios a los hombres, esto es, en el acontecimiento de la revelación y de la redención, en el misterio de Dios tal como se nos ha comunicado en Jesucristo. Dios en su bondad y sabiduría ha querido revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: "que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tm 2,3-4). La

¹⁹ JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 20.

²⁰ Cf. *ibid.*, 21.

verdad de Dios, la verdad del hombre y su salvación resplandece y se realiza en Jesucristo, mediador y plenitud de la revelación, único nombre que se nos ha dado para nuestra salvación (cf. Hch 4,12). Por la encarnación Dios se nos ha comunicado y entregado en su Hijo Jesucristo, la Palabra hecha carne. En Él nos habla como amigos y nos constituye en hijos, y en el Espíritu Santo nos da la posibilidad de que tengamos acceso a él y podamos participar de su misma vida²¹.

Pues bien, la catequesis actual está llamada a asentarse y construirse sobre estas bases:

a) Ha de ser anuncio y aprendizaje de esta autocomunicación de Dios a los hombres y de su donación, como es la Revelación divina; por eso ayudará a los catequizandos a comprender y vivir esta iniciativa y donación salvadora de Dios; e iniciará en el conocimiento del misterio de Dios, mostrando la dimensión salvífica del mensaje y del acontecimiento cristiano; para, finalmente, propiciar el encuentro y la relación personal del catequizando con Dios a través de la oración y de la vida vivida en el Señor. "La auténtica catequesis, como afirma *Catechesi Tradendae*, es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras, y comunicada constantemente, mediante una `traditio` viva y activa de generación en generación"²².

b) En la catequesis actual es preciso "subrayar que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona: la de Jesús de Nazaret, unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad"²³. Es el Hijo de Dios, venido en la carne, quien con "su total presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros y, sobre todo, con su muerte y su resurrección y con el envío del Espíritu de la verdad"²⁴ nos ha comunicado plenamente el misterio de Dios y nos ha introducido en su

²¹ Cf. DV 2.

²² JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 22.

²³ *Ibid.*, 5.

²⁴ DV 4.

vida, en su intimidad, haciéndonos partícipes de la vida trinitaria.

A su vez, el hecho de que Jesucristo sea la plenitud de la Revelación y el Salvador único del hombre, implica que la catequesis ha de entenderse, principalmente, como un servicio de iniciación al seguimiento de Cristo, como un enseñar y educar al catequizando a pensar, sentir, actuar y vivir como discípulo de Cristo. Ha de trabajar por transformar progresivamente al catequizando "hasta ver a Cristo formado en él" (Ga 4,19-20). Se trata, pues, de fundamentar y desarrollar en el catequizando la identidad cristiana que trae su origen del sacramento del bautismo, donde fueron puestos los cimientos de su nueva existencia en Cristo.

c) Esta educación y consolidación de la fe se hace en la Iglesia. Sólo en ella y a través de ella podemos conocer a Jesucristo y entrar en comunión con El (cf. 1 Jn 1,4). Por eso la transmisión y educación de la fe, que es el objeto propio de toda catequesis es, ante todo, el anuncio de Jesucristo para llevar a la comunión con El, en unión con el testimonio y la vida de fe de la Iglesia que se asienta sobre la roca firme de aquél que proclamó "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Sólo tú tienes palabras de vida eterna" (Mt 16,18; Jn 6,68).

La catequesis, que es, pues, acto de tradición viva, busca que cada catequizando forme parte en esta tradición, entre en comunión con el testimonio apostólico en una tradición viva, porque es en la fe de la Iglesia, en la confesión de la fe de la Iglesia; en la celebración del don de Dios en los sacramentos; en la vida de oración; en la caridad y en la tradición moral de la Iglesia, donde se nos abre y acerca a la verdad, se nos da acceso al camino de la salvación, se nos permite ya experimentar el gozo pleno y el bien que esperamos.

El catequizando, pues, mediante la catequesis se irá incorporando en esta tradición viva de la Iglesia en la medida en que se le haga entrega real y vitalmente del Evangelio de la salvación en el Símbolo, es decir, tal como es creído y profesado por el pueblo de Dios; de la oración del Señor en el Padre Nuestro; de las normas y testimonios de vida y de la ley nueva que nos ha sido dada para nuestra salvación; y, asimismo, se ha insertado

en los misterios de la fe presentes en los sacramentos de la Iglesia²⁵.

III. CARACTERÍSTICAS Y ACENTOS PRINCIPALES DE LA CATEQUESIS HOY

En los inicios de la renovación catequética promovida por el Concilio Vaticano II, cuando se afirma la necesidad de renovar el ejercicio de la catequesis en la Iglesia (nos estamos refiriendo a los años 1960 y 1970) se concibe la catequesis como una forma necesaria de educación de la fe, como el necesario ejercicio de actualización y maduración de la fe de los bautizados. Existe la fe en nuestros catequizandos, ellos, se afirma, tienen fe, pero es una fe, con frecuencia, poco ilustrada, poco desarrollada, una fe que no tiene su correspondencia con la vida diaria; una fe en cierto modo rutinaria y costumbrista; es, como se afirmaba coloquialmente, "la fe del carbonero". Por esto será necesario educarla, cultivarla, desarrollarla. Esta era en el fondo la clave de la renovación catequética en nuestra Iglesia del primer postconcilio. Y de hecho, van a aparecer, vinculados a esta línea y a estas convicciones, toda una serie de procedimientos metodológicos, de criterios y principios para el desarrollo de la catequesis, tanto en los aspectos referidos a los contenidos, como a los pedagógicos y organizativos. Entrarán en juego, junto a las nuevas referencias y adquisiciones en el campo bíblico, litúrgico y teológico, las nuevas corrientes pedagógicas y psicosociales de las ciencias de la educación. De hecho se llega a enriquecer la acción de la catequesis mucho más que el pensamiento catequético, y se desarrolla y extiende su implantación en las comunidades cristianas. No entramos ahora a analizar y a valorar este proceso y sus principales fuentes inspiradoras tan vinculadas a unas determinadas corrientes socioculturales y eclesiales. En cualquier caso, y como principal línea de fondo, se trataba de educar una fe existente ya en los

²⁵ Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Plan de acción Pastoral, 1993-1996*; Cf. *Directorio General para la Catequesis*, 105-106.

catequizandos; a partir de lo cual todo parece ser bienvenido en la medida en que pudiera servir a este objetivo.

Pero hoy, lo sabemos bien, las cosas no son así. Hoy sabemos que lo que está puesto en cuestión no es una dimensión determinada de la fe o la periferia de la misma, sino el corazón de la fe. Sabemos bien cómo se configura de hecho esta situación en las personas concretas para quienes la fe comienza a alejarse de las realidades ordinarias más vitales, comienza a ser algo indiferente y aún irrelevante. En esta situación necesitamos un tipo de catequesis de carácter iniciático y básico, con un claro acento misionero y fundamentador. En efecto, la catequesis ha de esforzarse hoy por suscitar la fe, para poder educarla después. Es decir, ha de establecer la prioridad en el anuncio de la fe, en la llamada a la conversión y al seguimiento del Señor. No podemos dar por supuesta la fe (en el sentido de adhesión y respuesta personal) en aquellos que se acercan hoy a nuestras catequesis. Se trata por eso de comenzar por el principio, de anunciar la fe, de poner las bases de la vida cristiana, de atender a la configuración en la fe de cada bautizado, de construir su identidad cristiana y eclesial. Y eso significa asumir una catequesis que, como venimos denominando, ha de tener un carácter misionero y estar al servicio de la iniciación cristiana.

1. *Una catequesis misionera y fundante*

He aquí un acento nuevo y necesario en la catequesis actual: la prioridad de la dimensión misionera y fundante que lleva consigo una serie de *cambios importantes* en el propio quehacer catequético. Se trata de una catequesis dispuesta a atender a niños, jóvenes o adultos que hoy se acercan a la fe (y a aquellos alejados que "vuelven a la fe"), que necesitan descubrir y conocer, como de nuevo y en su autenticidad, el Mensaje del Evangelio; una catequesis que ha de llevar, en definitiva, al encuentro con el Señor y a orientar su vida entera en relación con El en la Iglesia. Por todo este se trata de una catequesis en cierto modo fundante y también misionera, tan necesaria para la renovación de nuestras comunidades cristianas, para "rehacer la

cristiana trabazón de las comunidades eclesiales"²⁶ y así poder ofrecer la originalidad y realidad del Evangelio al hombre de hoy.

Estos cambios importantes afectan a los objetivos, a los contenidos, al método de la catequesis y a la persona misma del catequista. Es decir, son cambios que incumben a la estructura misma de la acción catequética, de la práctica de la catequesis.

a) Cambios, en primer lugar, en relación con los objetivos.

En una catequesis de carácter misionero y fundamentador, los objetivos han de estar directamente vinculados al anuncio del kerigma de la salvación como propuesta de libertad y de plenitud para el hombre. En cuanto tal, deberán tenerse en cuenta los siguientes aspectos básicos:

- *La ayuda al catequizando en la búsqueda de su identidad verdadera.* Se trata de atender a sus exigencias e interrogantes fundamentales, así como suscitar e impulsar en él la búsqueda de la verdad, la felicidad, la libertad, la justicia, el sentido de la vida...La catequesis hoy ha de atender aquellos objetivos que miren a la humanización verdadera, al desarrollo auténtico del ser humano y a la salvaguarda de su singular dignidad que proviene de Dios, pues sabe que "en el misterio de la Encarnación están las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones"²⁷. La Encarnación del Hijo de Dios da testimonio de que Dios busca al hombre, creado a su imagen y semejanza, para rescatarle de la muerte e incorporarle a la vida plena.

- *El anuncio y la presentación de Jesucristo como el único Salvador del hombre.* Se trata del anuncio explícito del mensaje cristiano, junto con el testimonio de la fe y de la vida cristiana. Es un objetivo irrenunciable de la catequesis actual, ya que ésta ha de tender y hacer posible que los catequizandos lleguen a descubrir, conocer y acoger a "Jesucristo como el único Salvador del hombre ayer, hoy y siempre"²⁸. Reconocerle como el

²⁶ JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 34.

²⁷ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Adveniente*, 23.

²⁸ JUAN PABLO II, *Tertio Millennio Adveniente*, 40; Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Dominus Jesus*, 13-15.

Redentor, el único Mediador entre Dios y los hombres, pues no hay bajo el cielo otro nombre por el que podamos ser salvados (Cf. Hch 4,12). Descubrir en su Persona el designio eterno de Dios y conducir a la comunión con El²⁹. "La hora presente, como ha dicho el Papa Juan Pablo II, debe ser la hora del anuncio gozoso del Evangelio, la hora del renacimiento moral y espiritual"³⁰. La exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* ha abundado en este mismo propósito, hablando de la necesidad y urgencia del anuncio del Evangelio hoy: "¡Iglesia en Europa, te espera la tarea de la nueva Evangelización!...Que el anuncio de Jesús, que es el Evangelio de la esperanza, sea tu honra y tu razón de ser"³¹.

- *La proposición y llamada a la conversión y a la adhesión a Dios*. Se trata, es verdad, de conocer el mensaje cristiano, pero también de aprender y llegar a reconocer que es Dios y sólo El quien funda la existencia del hombre; que El es el centro de la vida y, en consecuencia, debe ocuparlo realmente, de modo que ningún otro absoluto tenga el lugar central en el corazón del hombre. Es decir, se trata de alcanzar a descubrir a Dios como eje y centro de la vida personal y de la historia. Se trata de cambiar, en el sentido de orientar la vida en una nueva dirección, hacia una nueva manera de existir: despojándose del hombre viejo, como dirá San Pablo, para revestirse del hombre nuevo (cf. Rm 6,3-4; Col 2,12). Ahora bien, recordemos que cambiar es, en primer lugar, un don de Dios, y después tarea del hombre. Se trata, por eso, de aprender a acoger el don de la misericordia y de la conversión, para hacer posible la vuelta al Padre (cf. Lc 15,17-20).

- *La propuesta clara del seguimiento de Jesucristo*. Como corresponde a quien se encuentra con el Señor. Jesucristo es más que un modelo de vida, de referencia, al cual merecería la pena seguir por la importancia de su persona, por la fuerza de su doctrina o aún por el atractivo de su vida. Jesucristo es el Hijo de Dios hecho Hombre, es nuestro Salvador. Y su seguimiento significa la entrega de la vida para una radical novedad de la

²⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 426; JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 5-6.

³⁰ JUAN PABLO II, *Discurso a los Obispos españoles* (Madrid 1993).

³¹ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, 45; igualmente números 18-22 y 44-52.

existencia: "Aún te falta una cosa: vende todo cuanto tienes y repártelo entre los pobres; luego ven y sígueme" (Lc 18,22. Y a los Apóstoles: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres" (Mt 4,19; Jn 1,35-43). La catequesis debe impulsar, primero, e iniciar para esta decisión libre del catequizando, y después, cuidar su fortalecimiento y consolidación.

b) Cambio también en la comprensión y la explicitación de los contenidos.

Unos contenidos catequéticos mucho más centrados y nucleares, esenciales y básicos. Es decir, se ha de potenciar una catequesis que proponga con claridad y rigor los contenidos centrales de la fe cristiana tal como ésta es profesada, enseñada, celebrada y vivida por la Iglesia. Nuestra catequesis hoy ha de ser capaz de mostrar la "sustancia viva del Evangelio", la enseñanza de la fe de la Iglesia, lo fundamental cristiano, pudiéramos decir, de modo que permita iniciar a los catequizandos en la vida cristiana, les eduque e instruya verdaderamente en la fe y estructuren su personalidad cristiana para construir así, con todos los convocados, el Cuerpo de Cristo³².

Con objeto de concretar y explicitar esta orientación básica propongo algunos criterios que, a mi juicio, deberán orientar la estructuración y articulación catequética de los contenidos de la fe en la catequesis actual.

- La fe ha de ser transmitida mostrando como eje y centro de la exposición el *misterio de Dios en Cristo*, es decir, atendiendo al principio del *teocentrismo trinitario* y al *crisocentrismo*.

En el ejercicio de su ministerio, la catequesis ha de cuidar, ante todo, la presentación del misterio de Dios en sí mismo, que es el misterio central de la fe y fuente de los demás misterios. Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*: "El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo, es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial de la jerarquía de las verdades de la fe. Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y de los medios

³² Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 1.

por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela, reconcilia consigo a los hombres, apartados del pecado, y se une con ellos"³³.

En efecto, si como diría San Cesareo de Arlés, "la fe de todos los cristianos se cimienta en la Santísima Trinidad"³⁴, toda la catequesis ha de ser capaz de transparentar, en la presentación del mensaje cristiano, esta centralidad del misterio trinitario. El es el eje en torno al cual ha de quedar articulado todo el contenido de la fe y, a la vez, hacia él ha de converger, como a su meta, el desarrollo del mismo.

Ahora bien, en el orden del acceso a Dios, Cristo es quien nos revela el misterio de Dios: "en esta etapa final nos ha hablado por su Hijo. Pues envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbra a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios"³⁵. En efecto, El nos introduce en el misterio de Dios, por El podemos acceder a conocer a Dios. En El Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho "brillar su rostro sobre nosotros" (Sal 67,3).

Por esto toda catequesis, en cuanto transmisión y presentación del mensaje revelado, debe estar referida a Cristo, pues "en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, unigénito del Padre... En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo Encarnado e Hijo de Dios, y todo lo demás en referencia a El"³⁶. El cristocentrismo debe observarse, pues, como principio de la transmisión de la fe en la catequesis³⁷.

- En segundo lugar, me referiré al criterio de la *integralidad de la fe*. Se trata de que la catequesis transmita en su totalidad e integridad el Evangelio que el Señor ha dejado en su Iglesia, como El mismo recomendó a sus discípulos: "Enseñadles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28, 19). La Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae* afirma en este sentido

³³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 234; Cf. *Directorium Catechisticum Generale* (1971) 43 y 47.

³⁴ SAN CESAREO DE ARLES, *Expositio vel traditio Symboli (Sermo 9)* (CCL 103, 47).

³⁵ DV 4.

³⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 426 y 427.

³⁷ Cf. *Directorio General para la Catequesis*, 98-99 y 101-103.

que se ha de salvaguardar la integridad de la fe, pues "el que se hace discípulo de Cristo tiene derecho a recibir la Palabra de la fe no mutilada, falsificada o disminuida, sino completa e integral, en todo su rigor y su vigor"³⁸.

Proponer diligentemente el tesoro íntegro del mensaje cristiano³⁹ significa respetar la realidad de la unidad y unicidad de la fe, que no puede ser sometida a deformaciones, silenciamientos o procesos de selección provenientes del subjetivismo o del relativismo, sino que debe comprender la totalidad de la fe, el mensaje evangélico íntegro, aunque, eso sí, debe ser presentado gradualmente en virtud de la capacidad del catequizando y de su avance en el conocimiento de la fe⁴⁰.

Este criterio de la integridad, en virtud de la fidelidad a la unidad de la fe, obliga también a observar y atender todas las dimensiones propias de la misma, como son la fe profesada, la fe celebrada, la fe vivida y la fe orada. Todas son expresiones de la única fe, todas han de ser salvaguardadas en su unidad e integridad. En este sentido es necesario afirmar, una vez más, la necesidad de acoger con generosidad y asumir en el ejercicio del ministerio catequético las enseñanzas del *Catecismo de la Iglesia Católica*, en su contenido y en su estructura propia, en la medida en que representa la forma eclesial propia de la transmisión de la fe.

- El tercer criterio es el de la *objetividad* y se deriva directamente, como una consecuencia, del criterio de la integralidad de la fe.

La objetividad reclama la exigencia de fidelidad a todo el contenido de la revelación y de la fe, tal como nos es dada y, por ello, no disponible; y, en consecuencia, implica la necesidad de no deformar ni reducir a voluntad la realidad de la fe; de no seleccionarla en nombre de situaciones, aspiraciones o necesidades del catequista o del catequizando; de no relativizarla en virtud de procesos inconsistentes de adaptación. El principio llamado de objetividad supone, en definitiva, un serio y necesario esfuerzo hoy por evitar toda forma de subjetivismo, privati-

³⁸ JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 30.

³⁹ Cf. *Directorium Catechisticum Generale* (1971) 38.

⁴⁰ Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 63.

zación y relativización de la fe de la Iglesia en los distintos procesos de transmisión y educación de la fe.

- La fe de la Iglesia ha de ser, también, transmitida mostrando su *organicidad y armonía propia*⁴¹.

En efecto, la fe constituye, en su contenido, un todo, un cuerpo orgánico, armónico y vivo. La verdad de la fe se presenta en su unidad como un conjunto de elementos ensamblados, internamente coherentes, armónicamente articulados. Como un todo orgánico, la catequesis está obligada a observar que, en esta totalidad, en esta unidad, está la verdad de la fe que ha de transmitir.

En virtud de este principio, y de acuerdo con la propia naturaleza de la catequesis, que busca enseñar la verdad de la fe y poner las bases y fundamentos de la vida de fe de los catequizandos, debe presentarse esa enseñanza de la fe como una formación realmente orgánica y sistemática, como una formación esencial que muestre la armonía del cuerpo de la fe y su coherencia interna. La dimensión veritativa de la fe constituye hoy una de las exigencias y necesidades primeras que la catequesis debe asumir con responsabilidad ante los desafíos del relativismo y subjetivismo⁴² y que podrá encontrar respuesta en la aplicación rigurosa de este criterio referido a la organicidad y sistematicidad de la fe.

Para el ejercicio de este propósito nada mejor que acercarnos a comprender e imitar con fidelidad la forma como la Iglesia ha transmitido la fe a lo largo de su historia, cualquiera que fueran las circunstancias y situaciones⁴³. Esta forma eclesial de la transmisión de la fe viene hoy reflejada, para nuestros días, en la propuesta que se nos ofrece en el *Catecismo de la Iglesia Ca-*

⁴¹ Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 31; *Directorio General para la Catequesis*, 114-115.

⁴² Puede verse al respecto JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 31-34 y 62-64.

⁴³ Así queda reflejado en los sucesivos y más significados acontecimientos y documentos de la transmisión sobre la transmisión de la fe de la Iglesia a lo largo de su historia. Desde los orígenes de la Iglesia, las catequesis de los Padres, el itinerario del catecumenado antiguo, a los documentos catequéticos nacidos del Concilio de Trento (como el Catecismo de San Pio V y otros) y los documentos catequéticos de la edad contemporánea.

tólica. El es, en este sentido, verdadero "modelo de referencia" para la catequesis actual⁴⁴.

- Ahora bien, el principio de la armonía y coherencia de la fe afecta y mira también a la armonía y coherencia entre lo afirmado y la vida, entre la proclamación y la expresión de la fe en la vida diaria por parte de la comunidad cristiana y del catequista de referencia. Es el principio catequético que, podría denominarse, del *realismo de la fe*, que consiste sencillamente en hacer justicia a la realidad de la fe, gracias a una presentación adecuada y justa de la misma, conforme a su propia naturaleza.

Los contenidos de la fe son acontecimientos, son realidades, no meras proposiciones o ideas o discursos teóricos. La Encarnación del Señor no es un mero principio de referencia o de reflexión, es un acontecimiento de gracia; la Resurrección del Señor no es simple punto nuclear y esencial de orden discursivo o un horizonte simbólico, es una realidad de vida que traspasa la vida entera y la articula, que preside y salva en plenitud nuestra existencia.

Afirmar, pues, el realismo de la fe significa presentar el mensaje de la fe, por parte de la comunidad cristiana, y del catequista, como realidad viva, como Evangelio, como acontecimiento de salvación presente hoy entre nosotros y como testimonio del encuentro con el Señor. No como discurso o representación conceptual sobre ideas o normas del Evangelio.

En el umbral del tercer milenio, en la etapa preparatoria a las celebraciones jubilaes del año 2000, el Papa Juan Pablo II invitaba al pueblo cristiano a hacer "memoria" de la redención del Señor, de la entrega de Dios al hombre como don de su amor; invitaba a mostrar la experiencia viva en la Iglesia de su presencia hoy entre nosotros⁴⁵. En este mismo sentido insistirá el Papa Juan Pablo II, en su Carta Apostólica dirigida a toda la Iglesia al comienzo del nuevo milenio, y posteriormente en el acontecimiento sinodal sobre Europa, del año 2003. Nuestra responsabilidad hoy en la catequesis es no sólo ser maestros que enseñen la fe de la Iglesia, también guías capaces de

⁴⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Constitución Fidei Depositum*, 4

⁴⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Tertio Millenio Adveniente*, 56ss.

acompañar e introducir a los catequizandos en la verdad y belleza del misterio de Dios, de ayudar a vivir la experiencia de los discípulos de Jesús: la vida en comunión con El.

- Otro principio importante en la presentación del mensaje cristiano es el de *la jerarquía de las verdades de la fe*.

El Concilio Vaticano II ha querido sacar a la luz este importante principio relacionado con la verdad de la fe cristiana⁴⁶, presentándolo no tanto como referente del grado de certeza, sino como principio orgánico de estructuración. Es decir, el principio no afirma que unas verdades de la fe tengan mayor grado de certeza que otras. Lo que afirma es la necesidad de preservar el ordenamiento interno de la fe, la trabazón orgánica de la misma; en qué sentido y cómo las verdades de la fe están organizadas, ordenadas y articuladas; a qué están referidas. Todo esto ha de ser remitido a la transmisión de la fe. Como he dicho más arriba, el eje básico de articulación es el teocentrismo trinitario y el cristocentrismo.

Luego el principio de la jerarquía de las verdades determina el carácter orgánico de las realidades de la fe, más que el grado de certeza. Lo cual trae como consecuencia que las verdades de la fe deben ser presentadas preservando su ordenamiento interno, el hilo conductor, pudiéramos decir, el eje que las articula. Es el "nexus mysteriorum". Y de este modo debe ser comprendido y asimilado por el catequizando⁴⁷.

Todo esto no se opone a la necesaria gradualidad en la presentación de la fe, como exigencia también propia de la acción de catequizar y de su proceder pedagógico.

- Finalmente, es necesario mostrar la estrecha relación existente entre *el misterio de la fe y la existencia humana*. Lo cual representa la necesidad, por una parte, de mostrar el sentido y el valor que para el ser humano tiene el mensaje cristiano; por otra parte, expresar cómo el mensaje cristiano introduce al hombre en la intimidad de Dios. En definitiva, el presente criterio invita a mostrar en la transmisión de la fe la íntima relación existente entre la experiencia profunda del hombre, sus bús-

⁴⁶ Cf. UR 11.

⁴⁷ Cf. *Directorio General para la Catequesis*, 114.

quedas y expectativas, y la oferta de verdad, de sentido y de vida que ofrece la fe cristiana⁴⁸.

En cierto modo, este criterio aplica al campo de la catequesis el ejercicio de la relación y del diálogo fe - razón, o de la fe - cultura como otros prefieren afirmar⁴⁹. El hombre tiende y busca la verdad, el bien, la felicidad... Busca sentido a la vida... Se abre a la realidad trascendente. La fe cristiana por su parte ofrece al hombre la verdad, el sentido de la vida. La fe insta a la razón, más aún, la busca y la necesita; es luz y estímulo que lleva al hombre creyente a indagar las razones de su fe. La fe quiere y debe ser pensada, entendida, comprendida, pues la verdad revelada es acicate para la razón, amplía y estimula la pasión por la verdad. La razón por su parte busca conocer, comprender aquello que ama, aquello que desea. Esta dinámica debe ser reconocida y recogida en el ejercicio de la transmisión de la fe que la catequesis desarrolla⁵⁰.

c) Un cambio en la inspiración y orientación pedagógica.

Un cambio que viene exigido por la propia naturaleza de las cosas. La transmisión de la fe, y en concreto la catequesis, tiene como fundamento y norma esencial la Revelación divina. Por eso, en su esencia más íntima, toda catequesis es don de Dios y obra del Espíritu Santo. Quien es llamado a ejercer el ministerio catequético pone a disposición sus capacidades al servicio de la transmisión; es decir, vincula su persona con la acción misteriosa de la gracia de Dios. Por todo esto hay que afirmar, en primer lugar, que la catequesis es ejercicio de una pedagogía original, la pedagogía de la fe. Y esto determina un cambio radical en la pedagogía catequética cuya fuente y modelo es la propia pedagogía de Dios⁵¹.

⁴⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 22; PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 29; *Directorio General para la Catequesis*, 116.

⁴⁹ Cf. *Directorio General para la Catequesis*, 109-110.

⁵⁰ El horizonte abierto por la Encíclica *Fides et Ratio* de Juan Pablo II, proporciona al pensamiento catequético un caudal ingente de referencias, así como un motivo de estímulo al estudio riguroso sobre este problema tan importante para la transmisión de la fe y, en concreto, para la catequesis. Véase sobre todo JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, 24-35 y 36-48.

⁵¹ Cf. *Directorio General para la Catequesis*, 138.

Un cambio que afecta a los planteamientos inspiradores y a las orientaciones de fondo de la pedagogía en la catequesis. Me estoy refiriendo, en concreto, a la necesidad de impulsar y desarrollar hoy un nuevo espíritu, un nuevo modo de obrar en la acción catequética. Se trata, en primer lugar, de entrar en la dinámica del amor y de la unión con Dios, y después de ofrecer el testimonio de la fe, de hacer patente y cercana la realidad del amor de Dios; de mostrar la autenticidad y veracidad de quien vive en Cristo. He aquí el método irrenunciable: la experiencia de quien ha visto y oído, de quien ha contemplado y tocado con sus manos... Y lo da a conocer con palabras y con la coherencia evangélica de su vida (cf. 1 Jn 1,1-3). Esto es anterior a todo supuesto metodológico y didáctico, y en ello habrá de inspirarse el proceder de la catequesis.

La catequesis es, como afirma *Catechesi Tradendae*, el ejercicio de una "pedagogía original de la fe", porque se trata no de transmitir un saber humano, sino de comunicar en su integridad y verdad, al hombre de todos los tiempos, el acontecimiento de gracia y de salvación que es la Revelación de Dios, el acontecimiento de la presencia y de la intervención salvadora de Dios en favor nuestro. Dios mismo, a lo largo de toda la historia sagrada y principalmente en el Evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe⁵². En efecto, Jesucristo, el Redentor, llegada la plenitud de los tiempos, llevará a la perfección esta pedagogía de Dios. El es "el Maestro que revela a Dios a los hombres y al hombre a sí mismo; el Maestro que salva, santifica y guía, que está vivo, habla, exige, juzga y perdona, que camina diariamente con nosotros en la historia, el Maestro que viene y vendrá en la gloria"⁵³. "En Jesucristo, Señor y Maestro, la Iglesia encuentra la gracia transcendente, la inspiración permanente, el modelo conveniente para toda comunicación de la fe"⁵⁴.

Pues bien, solamente en comunión íntima con El, viviendo como discípulos suyos, los catequistas encontrarán luz y fuerza

⁵² Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 58; *Directorio General para la Catequesis*, 139-142.

⁵³ JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 9.

⁵⁴ *Directorio General para la Catequesis*, 137.

para anunciar hoy a Jesucristo, para enseñar a vivir en el seguimiento del Señor a tantos bautizados que buscan orientación y sentido a la existencia. No pocos de nuestros catequizandos hoy, aún los más jóvenes, vienen, pudiéramos decir, de una realidad de indiferencia religiosa. Aunque pertenecen a un ámbito cultural de raíces cristianas, han perdido la herencia cristiana y viven como sin base espiritual, desvinculados de la realidad básica originante de esa matriz, es decir, de la fe cristiana. Buscan claridad, verdad y esperanza; buscan coherencia y testimonio de fe. No quieren discursos o meras proclamaciones doctrinales; no les convence una moral sólo fundada en la norma. Desean ver, constatar la verdad, el bien y la vida que decimos anunciar. Como aquellos peregrinos griegos de hace dos mil años, que formulan su petición al Apóstol Felipe (Jn 12,29) "los hombres de nuestro tiempo, quizá no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo hablar de Cristo, sino en cierto modo hacerlo ver"⁵⁵.

Por todo esto, hoy es necesario referirse a la pedagogía de Dios, a la pedagogía que configura a la catequesis como itinerario de fe y que por eso propicia el encuentro con El, el diálogo de la salvación y de la adhesión a Dios. Es la pedagogía de la condescendencia, que Dios nos muestra a lo largo de la historia de la salvación; pedagogía del acercamiento amoroso al hombre, del perdón y de la misericordia.

Es la pedagogía del acompañamiento espiritual, para una atención singular a cada catequizando en su situación personal, histórica y cultural, en el proceso de su iniciación cristiana.

Es la pedagogía del reconocimiento de la supremacía del don de Dios, que es quien conduce y salva al hombre. Enseñar a acoger el don que Dios otorga al hombre y abrir al sentido del misterio y de la transcendencia que envuelve al ser humano.

Es también una pedagogía de la sencillez y humildad, de la paciencia y de la esperanza, sabiendo que, al igual que el grano de mostaza o la semilla arrojada en la tierra, surgirán los frutos del reino.

⁵⁵ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 16.

Es igualmente la pedagogía de la presencia de los signos de Dios y, por ello y en primer lugar, de la inserción y participación viva en la Iglesia, que es "en Cristo como un sacramento"⁵⁶, y catequesis viviente para, integrándose en ella, aprender a descubrir allí los signos que la identifican: la fe, los sacramentos, la vida cristiana, la oración...

Es finalmente una pedagogía que desarrolla el sentido de pertenencia y amistad, pues se trata de educar en la nueva realidad sobrevenida al hombre, como es su filiación por la que entra a formar parte de la familia de Dios. Pertenencia que se configura visiblemente en la pertenencia a la Iglesia.

No se trata, pues, de meras enseñanzas, de actividades y procesos metodológicos, ni de discursos eruditos; se trata, ante todo, de ser discípulo fiel de Cristo, de mostrar y confesar la fe ante nuestros hermanos, como lo hizo Pedro ante los suyos: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16), como expresión que surge del corazón, por la gracia que le viene del Padre y que habla de la profundidad del misterio de Cristo el Señor. Y también como expresión de un modo de ser y de vivir conforme al Evangelio.

Ante la necesidad de asumir este cambio en la inspiración y orientación pedagógica de la catequesis, tal vez sea justo comenzar reconociendo que hoy nos falta espíritu, veracidad y vivencia, y nos sobran programación, esfuerzos de organización y estrategias.

d) Cambio en el perfil de la figura del catequista.

Esta catequesis, que he llamado misionera y fundante, es decir, que trata de anunciar la fe, que busca suscitarla y fundamentarla en el catequizando, que pone en consecuencia las bases de la fe y de la vida cristiana, representa también una serie de cambios en la figura del catequista.

El catequista es sobre todo un discípulo fiel de Cristo. Su perfil, por eso, será como el de un guía que acompaña y orienta al catequizando en el camino de la fe: un guía espiritual antes que un mero enseñante; un conocedor experimentado del mensaje que propone, porque es una persona acostumbrada a vivir

⁵⁶ LG 1.

en el seguimiento de Jesucristo. Es guía espiritual que, estando junto al catequizando, le acompaña, le conduce y le enseña a avanzar en el camino de la fe, que él ya ha recorrido antes. Como hermano mayor, está dispuesto a emprender de nuevo, acompañando ahora al catequizando, la aventura de seguir a Jesucristo, siendo en esta situación testigo en la vida diaria de la verdad de la fe cristiana y de la gracia del amor de Dios, mientras comparte la amistad, la debilidad humana y las dificultades del camino. Guía espiritual, testigo de la fe, hermano y servidor de los hombres y profundamente vinculado a la Iglesia en aquella comunidad cristiana concreta.

Es indudable que este catequista ha de contar con una adecuada formación teológica y catequética, pero ante todo ha de ser una persona identificada con Cristo, un discípulo del Señor, que escucha con asiduidad la Palabra y la guarda en su corazón, que celebra los sacramentos de la presencia de Dios entre nosotros, practica la oración y crece en la caridad; y, en cuanto delegado de la comunidad cristiana en el servicio encomendado, acompaña a los catequizandos en el camino de la fe hacia el encuentro con el Señor.

2. Una catequesis al servicio de la iniciación cristiana, y como iniciación cristiana

La catequesis, lo sabemos bien, representa una función básica y esencial de la Iglesia, por estar vinculada a su misión propia de transmitir la fe, y al ejercicio de la función maternal de la Iglesia de engendrar y dar a luz en el Espíritu a los nuevos hijos de Dios, incorporando a los hombres al misterio de Jesucristo y a su Iglesia⁵⁷. Como afirman los obispos españoles "la misión encomendada por el Señor a su Iglesia se realiza y pone de manifiesto en el anuncio universal del Evangelio y en la celebración de los sacramentos, particularmente en la iniciación cristiana"⁵⁸. La catequesis, en este sentido, como elemento fundamental de la iniciación cristiana estrechamente vinculada a

⁵⁷ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iniciación Cristiana. Reflexiones y Orientaciones*, 19.

⁵⁸ *Ibid.*, 2.

los sacramentos de iniciación, ha de procurar ser "una enseñanza y aprendizaje convenientemente prolongado de toda la vida cristiana"⁵⁹, con el fin de iniciar a los catequizandos en el misterio de la salvación y en el modo de vida propio del Evangelio. Debe configurarse como acto de tradición viva de la Iglesia, que hace entrega a los catequizandos del don de la fe, inicia en su aprendizaje e incorpora a la vida de la comunidad cristiana⁶⁰.

Una catequesis como iniciación cristiana y al servicio de la iniciación cristiana supone, además de acoger al catequizando en la integridad de su ser (corazón, entendimiento, voluntad) ha de estar atenta a todas las dimensiones propias de la fe y de la vida cristiana, para poner los cimientos del edificio espiritual del cristiano; y por esto, de iniciar al catequizando en el conocimiento del misterio de Dios, en el ejercicio de la vida cristiana, en la celebración gozosa del don de Dios en los sacramentos, en el compromiso apostólico y misionero, y en la oración. Es decir, esta catequesis ha de iniciar de modo básico y orgánico en la fe de la Iglesia, en lo que ella profesa, cree, celebra y vive⁶¹.

Una catequesis al servicio de la iniciación cristiana es, por todo esto, una catequesis que inicia en la identidad cristiana, cuyo origen radica en el sacramento del bautismo, pues es en él y por él como se ponen los cimientos de una nueva existencia, la existencia en Cristo, y que ha de abrir un camino de seguimiento del Señor⁶².

3. *Una catequesis como itinerario de fe*

Es esta otra de las características esenciales que se han de acentuar en la catequesis al servicio de la iniciación cristiana: la consideración de la catequesis como un proceso de avance y como un recorrido espiritual de los catequizandos hacia el encuentro con Señor, como un itinerario desarrollado con gradua-

⁵⁹ Cf. AG 14; *Directorio General para la Catequesis*, 66.

⁶⁰ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iniciación Cristiana*, 41.

⁶¹ Cf. DV, 8 y *Directorio General para la Catequesis*, 67 y 68.

⁶² Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 5-6.

lidad y progresión articulado en un proceso por etapas, que tiene su origen en el modo como Dios ha actuado a lo largo de la historia de la salvación (cf. Hb 1,1-2)⁶³. No se trata de un proceder formal, tan sólo diseñado y aún impulsado desde fuera, sino de un avanzar real en la fe, de un itinerario recorrido realmente por cada uno de los catequizandos.

Se trata, pues, de una catequesis capaz de ayudar a crecer personalmente en la fe, a madurar y avanzar en la consolidación de la nueva identidad, a adquirir los nuevos hábitos y comportamientos propios de la vida en Cristo. Una catequesis que vaya consolidando la identidad cristiana y eclesial de los catequizandos, que les capacite para una confesión de la fe de modo personal, adulta y duradera. Por todo esto se dice que la catequesis de iniciación cristiana ha de ser fundamentalmente una escuela de fe, como un "noviciado" de vida cristiana⁶⁴, porque supone un verdadero aprendizaje de la fe. Este itinerario o recorrido espiritual representa pasar de una forma de ser a otra nueva, cambiar la mente y el corazón, adquirir nuevos principios y formas de vida, desarrollar nuevas capacidades, avanzar en definitiva en la vida de la fe.

Transformación y crecimiento en la vida de la fe, avance hacia el encuentro con el Señor, he aquí el horizonte necesario para la catequesis actual, que ha de ser capaz de superar, por eso esta situación, en la que no pocos catequizandos, después de varios años de trabajo, apenas si experimentan avance alguno, permaneciendo en el mismo punto de partida. Tal vez se haya "movido" su mente o sus sentimientos, pero no la realidad entera de su existencia. Por eso podemos decir que no se ha recorrido realmente un itinerario, no ha existido realmente un proceso de crecimiento en la fe y en la vida cristiana, por más que se haya programado. De modo que, aún cuando se haya avanzado en la exposición y desarrollo del programa previsto, en el catequizando no ha habido crecimiento y avance alguno en dirección hacia el Señor. Esta índole de paralización y en el fondo de proceder rutinario debe interpelarnos sustancialmente y hacernos ver la necesidad de impulsar un nuevo horizonte

⁶³ Cf. DV 3-4

⁶⁴ Cf. AG 14.

catequético de carácter catecumenal, vinculado a la iniciación cristiana y por ello al servicio de la misma, incorporando todos aquellos elementos y requisito que la definen⁶⁵.

a) Catequesis de la Iglesia al servicio de la comunión eclesial.

Al igual que siempre, la catequesis habrá de estar realmente al servicio de la comunión eclesial. Esta dimensión debe ser hoy acentuada, de modo que el crecimiento de la fraternidad y de la comunión habrán de ser un objetivo prioritario en el quehacer catequético.

Toda catequesis tiene su origen en la fe de la Iglesia y, su meta es la confesión de la fe de la Iglesia⁶⁶. Por eso, porque todo gira y se centra en la confesión de la fe, el fruto no puede ser otro que la unidad de los que, por la fuerza del Espíritu Santo confiesen la fe común. Toda catequesis se enraíza, pues, en la de la Iglesia, está al servicio de su edificación y construcción, tiene como meta la comunión eclesial, y en la Iglesia y por ella, Cuerpo de Cristo, los catequizandos nacen a la vida divina y aprenden a vivir en la unidad de los hijos de Dios⁶⁷.

En efecto, es la Iglesia, en virtud de su misión, el sujeto primero de la catequesis. Ella es quien ofrece al hombre el misterio de Dios revelado en Cristo, en ella está presente, por la acción del Espíritu Santo, el acontecimiento de la salvación de Dios para toda la humanidad. Ella, en el ejercicio de su función maternal, se constituye en seno materno y ámbito de fe y vida cristiana, en el que los catequizandos nacen a la fe, aprenden a ser y a vivir conforme a su condición. Ella se configura como comunidad de fe que acompaña al hombre en el camino hacia el encuentro y configuración con Cristo (cf. Ga 4,12-20; Ef 4,13). Al igual que en Emaús, también hoy muchos de nuestros bautizados van de retirada, van, pudiéramos decir, como de vuelta, aunque en el fondo están necesitados de respuesta a su

⁶⁵ Para un desarrollo de esto, puede verse, entre otros, M. DEL CAMPO, "Iniciación cristiana y catequesis", en: A. CANIZARES-M. DEL CAMPO (eds.), *Evangelización, Catequesis, Catequistas* (Madrid) 145-186; AA.VV., *Diventare Cristiani* (Torino 2005); AA.VV., *L'initiation Chretienne* (Paris 1991).

⁶⁶ Cf. SÍNODO DE LOS OBISPOS, 1977, *Mensaje al Pueblo de Dios*, 8.

⁶⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 5-6.

desilusión y a su búsqueda, y no pocos desearían volver a empezar. Son hombres inmersos en la cultura de la postmodernidad y aún mas, podría decirse, son postcristianos; se sienten desanimados y desorientados. En Emaús, dos de sus discípulos se encontraron con Jesús, que se hizo cercano y compañero de su viaje. Jesús, al igual que ayer, sale al encuentro del hombre de todos los tiempos, también de nuestra época, y nos invita a confrontar nuestra vida con la Palabra, a profundizar nuestras búsquedas, a abrir el corazón al misterio de la Verdad y de la Vida, a confiarnos enteramente en el Señor que es fuente de todo bien. En la mesa de la Eucaristía el discípulo aprenderá a vivir en el amor y la esperanza: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn 8,32).

Acompañar al hombre de hoy para ayudarlo a alcanzar el conocimiento de sí mismo en el encuentro con el Señor, he aquí la función de la catequesis de la Iglesia y de las comunidades cristianas concretas. Una Iglesia llamada a hacerse camino del hombre y para el hombre⁶⁸.

Necesitamos aprender a trazar un itinerario pedagógico de búsqueda, de escucha, de acogida y de acompañamiento. En este sentido, la Iglesia ha de saber desplegar hoy una acción evangelizadora capaz de acercarse al hombre de hoy y acogerle en su realidad concreta, para invitarle a conocer a Jesucristo, el salvador del hombre, acompañándole en el camino del encuentro con El. Así, de la confesión de la fe, de la firme adhesión al Señor, se acrecentará la comunión eclesial y surgirán comunidades cristianas capaces de establecer, a su vez, nuevos vínculos de comunión.

b) Una catequesis que anuncia y narra la fe. La primacía del testimonio.

Anunciar la "Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios" (cf. Mc 1,1) para llevar a los hombres a la fe en El, he aquí el objeto propio de toda acción catequizadora. En virtud de su misión la Iglesia ha de comunicar, narrar a los hombres de todos los tiempos, los acontecimientos de la salvación: Dios ha visitado a su pueblo (cf. Lc 1,68); ha cumplido sus promesas hechas a

⁶⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 12 y 14.

Abraham y su descendencia (cf. Lc 1,55); ha constituido con ellos un vínculo de alianza; y, más allá de toda expectativa humana, ha enviado a su "Hijo amado Jesucristo" (cf. Mc 1,11), y en su humanidad Dios ha reconciliado al mundo consigo (cf. 2 Co 5,19), ["en esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de El" (cf. 1 Jn 4,9)]. Jesucristo, cabeza de la Iglesia, nos precede en el Reino, para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos en la esperanza de estar un día con El eternamente⁶⁹. Dios será entonces "todo en todos" (1 Co 15,22) en la vida eterna.

Nuestra referencia será Jesucristo, que "ha salido de Dios" (Jn 13,3) y "ha venido en carne" (1 Jn 4,2) y es el testigo de Dios. El viene a dar testimonio de su intimidad con el Padre: "Yo te aseguro que hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto" (Jn 3,11). El ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad: "Mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente por eso nací y para eso vine al mundo" (Jn 18, 37).

A su vez, Jesús confía a sus discípulos la misión de ser sus testigos con la fuerza del Espíritu Santo: "Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad que yo os enviaré, El dará testimonio sobre mí. Vosotros mismos seréis mis testigos, porque habéis estado conmigo desde el principio" (Jn 15,26-27). Este es el mandato misionero de Cristo: dar testimonio de su Palabra y de su Resurrección (cf. Hch 1,9; 4,2). Dar testimonio, como El lo viene a dar del Padre, desvelándonos el designio de Dios. De hecho, el término con el que el libro de los Hechos de los Apóstoles se refiere, con frecuencia, a los Doce, señalando así no sólo su misión, también su identidad, es el de "testigos" (cf. Hch 1,8; 3,15; 5,32).

Serán, pues, testigos cualificados del Resucitado, hasta el punto de que no podrán dejar de hablar de lo que han visto y oído (cf. Hch 4,20). "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la Vida (pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y

⁶⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 666.

damos testimonio y os anunciamos la vida eterna) lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros entréis en comunión con nosotros, y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo" (1 Jn 1-4). Con sus palabras y sus obras darán testimonio de Jesucristo "transmitiendo a los demás la propia experiencia de Jesús y la esperanza que los anima"⁷⁰.

La Iglesia en su conjunto, y cada creyente en particular, tiene también encomendada la misión de continuar esta tarea: anunciar la presencia y la intervención salvadora de Dios hoy en Jesucristo por el Espíritu Santo; anunciar, señalar y narrar a los hombres de hoy las obras del amor de Dios en su Palabra, en los sacramentos de la Iglesia, en la vida de los santos, en las obras de la creación, en los ministerios y carismas presentes en la Iglesia; dar testimonio de estas realidades misteriosas, los tesoros de la vida divina, que cada fiel cristiano conoce y vive en la comunión de la Iglesia.

Y, junto a esta dimensión, de carácter teológico, del testimonio, todo catequista ha de integrar el testimonio de las obras propias de la vida cristiana, el testimonio del "avanzar hacia la perfección de la caridad"⁷¹. Todo esto como expresión de la coherencia y autenticidad personal del catequista.

Y así, de la conjunción de las dos dimensiones del testimonio (teológico y moral) en el anuncio de la fe por parte del catequista, la verdad del mensaje que propone y ofrece al catequizando, se hace más cercana y, en cierto modo, más transparente.

La catequesis hoy ha de pasar de la mera exposición de la fe bajo el registro de la instrucción, a la narración de los acontecimientos de la salvación y de la fe, a la forma testimonial del anuncio de la fe. Más que de una catequesis de carácter instructivo y meramente doctrinal, o una catequesis centrada sólo en las búsquedas y experiencias humanas, hoy se ha de acentuar la necesidad de una catequesis testimonial. No será suficiente presentar a Jesucristo "explicando" su doctrina y su obra, hoy se requiere el testimonio sobre Jesucristo, atrayendo al hombre hacia El y los acontecimientos de la salvación de

⁷⁰ JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 24.

⁷¹ PABLO VI, Const. Apost. *Divinae Consortium Naturae*, 63.

Dios en la Iglesia. Se trata de "saber" y "poder" narrar la historia de la salvación como realidad presente y viva; y al interior de ella entretejer la historia personal del encuentro del catequizando con el Señor, la historia personal del catequista como discípulo de Jesucristo, así como su vivencia en el seno de la Iglesia. Es decir, referir y narrar los acontecimientos salvadores de Jesucristo y cómo Este ha entrado en la existencia propia, iluminándola, significándola y orientándola de modo definitivo. Pues, el testimonio de la fe, propio de la catequesis, además de referir la vida y la experiencia personal "anuncia el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino y el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios"⁷².

Entendiendo así el testimonio, de una manera integral, el catequista se presenta como portador de una verdad y además expresa el carácter de realidad de esa verdad que anuncia; muestra la objetividad de la fe y orienta, inseparablemente, hacia el acontecimiento y la Persona que suscita su testimonio. Es decir, el testimonio, por su propia naturaleza, señala y envía hacia la Verdad de la fe, hacia la persona de Jesucristo. Por eso, afirmamos que, el testimonio es la forma primera y principal de la transmisión de la fe, es el lenguaje propio de la evangelización y de la catequesis⁷³.

c) Una catequesis en un contexto no cristiano.

Finalmente, la catequesis de hoy ha de ser una catequesis que prepare a los cristianos para vivir en un contexto no cristiano⁷⁴, en una sociedad como la nuestra donde la fe en Dios, su valor y su sentido son deformados y aún combatidos, y sus seguidores, con frecuencia, marginados y humillados. En un mundo secularizado y, en cierto modo postcristiano, tan fuertemente caracterizado por el relativismo, la tentación del pragmatismo y una emergente paganización de las costumbres; en una sociedad donde el Dios vivo y la salvación que El ofrece al hombre se ignoran o se presentan como irrelevantes hoy; donde

⁷² Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 22.

⁷³ Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 76; JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 42-43; *Novo Millennio Ineunte*, 42; *Ecclesia in Europa*, 49ss.

⁷⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, 56ss.

la Iglesia es puesta diariamente bajo sospecha o bajo el signo de sus contradicciones internas, la catequesis, que no puede estar ausente de esta realidad, ha de ser capaz de educar para soportar el fracaso, para entender y asumir las dificultades en las que se ve obligado a vivir el cristiano. La catequesis no puede realizarse a espaldas de estos fenómenos: ha de preparar a los cristianos para vivir en un mundo que ignora a Dios, en un contexto no cristiano y, en cierto modo, como en diáspora. "Tenemos necesidad de una catequesis que enseñe a los jóvenes y a los adultos de nuestras comunidades a permanecer lúcidos y coherentes en su fe, a afirmar serenamente su identidad cristiana y católica, a 'ver lo invisible' (cf. Hb 11,27) y a adherirse de tal manera al absoluto de Dios, que puedan dar testimonio de El en una civilización materialista que lo niega"⁷⁵. Una catequesis que les de fortaleza en su propia identidad, que les haga capaces de sobreponerse a las vacilaciones, incertidumbres y rechazos del ambiente. Una catequesis capaz de educar en el misterio de la oscuridad, de la muerte y de la vida, siguiendo el sendero luminoso de la Cruz del Redentor. Una catequesis que ayude, en estas circunstancias, a nuestros bautizados a ser luz y sal en el servicio a los demás (cf. Mt 5,13-16).

⁷⁵ *Ibid.*, 57.